

CIUDADES

Volúmen 7

Arturo Almandoz
Editor

Caracas, de la metrópoli súbita a la meca roja



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general
Fernando Carrión

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Fernando Carrión
Michael Cohen
Pedro Pérez
Alfredo Rodríguez
Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Edición de estilo:
Alejo Romano
Ana Aulestia

Impresión
V&M Gráficas

ISBN: 978-9978-370-29-2
© OLACCHI
El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas
Tel.: (593-2) 2462 739
olacchi@olacchi.org
www.olacchi.org
Quito, Ecuador
Primera edición: diciembre de 2012

Contenido

Presentación	7
Introducción	
Caracas, entre la ciudad guzmancista y la metrópoli revolucionaria	9
<i>Arturo Almandoz</i>	
I. Desarrollismo, metropolitanización y modernidad	
Modernidades alternas del urbanismo caraqueño: Territorio, arquitectura y espacio urbano	29
<i>Lorenzo González Casas</i>	
Caracas, modernidad y escala urbana: Una aproximación interdisciplinaria	73
<i>Nancy Dembo, José Rosas e Iván González V.</i>	
Modernidad urbanística y Nuevo Ideal Nacional	95
<i>Arturo Almandoz</i>	
II. De la Venezuela saudita al Caracazo	
Desarrollo urbano y vivienda: La desordenada evolución hacia un país de metrópolis . . .	105
<i>Víctor Fossi Belloso</i>	

Del sistema de ciudades venezolano	127
<i>Marco Negrón</i>	
Caracas: De la Colonia al socialismo del siglo XXI. Espacio, clase social y movimientos ciudadanos	155
<i>María Pilar García-Guadilla</i>	
III. Hacia la Caracas roja	
Espacio y dinámica de la ciudad violenta	199
<i>Silverio González Téllez</i>	
Caracas: Su sistema de transporte y movilidad	213
<i>Josefina Mundó Tejada</i>	
El crecimiento urbano y la pérdida de los valores ambientales	235
<i>Rosa María Chacón</i>	
La cultura constructiva informal y la transformación de los barrios caraqueños	263
<i>Iris Rosas Meza</i>	
Espacio, revolución y resistencia: Lugares ordinarios y eventos extraordinarios en Caracas	285
<i>Clara Irazábal y John Foley</i>	

Introducción: Caracas, entre la ciudad guzmancista y la metrópoli revolucionaria

Arturo Almandoz*

De cenicienta de Sudamérica a metrópoli modernista²

Los modestos cambios de la Caracas premetropolitana fueron comparados por el escritor venezolano Ramón Díaz Sánchez con una sinfonía de cuatro movimientos: al alegre fundacional sucedió el adagio de los Austria en la ciudad colonial; el siglo XVIII, por su parte, presenció el *scherzo* de los Borbones con su minué de Enciclopedismo, en la diminuta Caracas de Bolívar. Esa primera sinfonía concluyó con el rondó de las reformas urbanas del presidente Antonio Guzmán Blanco, entre las décadas de 1870 y 1880 (Díaz Sánchez, 1954).

A pesar de su cuestionable fidelidad musical, la imagen sinfónica de Ramón Díaz Sánchez ilustra la gran importancia conferida al episodio guzmancista en la historia caraqueña anterior a la metrópoli. Mientras los tres primeros movimientos corresponden a las prolongadas eras en la dominación política del país, los 18 años del guzmancismo (1870-1888) bastaron para determinar un nuevo período en la evolución de la capital. Bajo la égida de Gran Bretaña y Francia, entre otras potencias emblemáticas del progresismo decimonónico, el ilustre americano fue quien quebró la inercia poscolonial de dependencia cultural con respecto a España, modernizando la cultura caraqueña con un nuevo

* Es profesor titular de la Universidad Simón Bolívar (USB) de Venezuela, sede Caracas. También es titular adjunto de la Universidad Católica de Chile, sede Santiago. Dirección electrónica: Almandoz@usb.ve.

2 Algunos pasajes de esta sección se apoyan en Almandoz (2006: 11-17).

aparato urbano importado desde Europa, especialmente del París del Segundo Imperio. Aunque pueda ser visto como el afrancesado rondó de la sinfonía española de Caracas, el guzmancismo constituyó el primer movimiento de un período europeizado en la historia capitalina de finales del siglo XIX. No obstante la idea de una nueva era urbana inaugurada por el europeísmo guzmancista (Díaz Sánchez, 1954: 23-27) fue esbozada también por otros cronistas caraqueños.

Desde un punto de vista socioeconómico, Mariano Picón Salas definió ese período como el de la “ciudad plutocrática”, para resaltar el predominio de la oligarquía terrateniente y comercial, principalmente cafetera, cuyo poder se legitimaba en la agricultura que dio sustento al país hasta mediados de los años veinte (Picón Salas, 1951: 136-139). Respetando las diferencias de escala, esa capital plutocrática de la Venezuela prepetrolera puede entonces considerarse equivalente a la ciudad burguesa, para utilizar así la denominación de José Luis Romero (1984) de forma que englobe otros casos latinoamericanos con mayor base y dinamismo comercial e industrial.

Poniendo de lado las reminiscencias de numerosos cronistas de la Bella Época³, los pensadores venezolanos difundieron tradicionalmente que Caracas permaneció dormida durante las prolongadas dictaduras de Cipriano Castro (1899-1908) y Juan Vicente Gómez (1908-1935); este malentendido fue asumido también por reconocidos historiadores de la ciudad⁴. Sin embargo, y tal como plantean los textos de González Casas (2002) y Dembo, Rosas y González (2004), recogidos en este libro, esa capital modesta y rezagada experimentó reformas sanitarias, habitacionales y de infraestructura que prefiguraron cambios de la dinámica petrolera y urbana por venir.

3 Esa dilatada noción de la Bella Época en tanto período de influencia parisina y europea, contrapuesta a los Años Locos, de penetración yanqui, puede verse, entre muchos otros, en García de la Concha (1962: 229), Schael (1966: 196-197) y Muñoz (1972: 9).

4 Véanse, por ejemplo, pensadores como Mijares (1975: 55) y Uslar Pietri (1969: 165). Entre las historias de la ciudad que reprodujeron esa idea están las de Arellano Moreno (1972) y Polanco Alcántara (1983).

El oscurantismo atribuido a la Caracas de Gómez terminó con la renovación democrática de la próspera capital de Eleazar López Contreras (1936-1941), epitomada en el Plan Monumental de Caracas (PMC), dirigido por el ingeniero francés Maurice Rotival a finales de los años treinta. Además de los eclécticos ecos del diseño al estilo del barón Haussmann, los diversos componentes del urbanismo colonial galo se incluían en el también llamado Plan Rotival, cuyo interés estriba hoy más en su contenido teórico que en sus propuestas, la mayoría de las cuales no se llevó a cabo (Almandoz, 2006; González Casas, 2002). Al ser criticado por su eclecticismo arquitectónico y morfológico, el PMC fue puesto en perspectiva con los posteriores desarrollo y modernidad de la Caracas metropolitana, los cuales supuestamente escaparon a la miopía de Rotival, a quien se le recrimina su trasnochada sujeción a los formalismos decimonónicos del urbanismo francés (Zawisza, 1989; Vallmitjana *et ál.*, 1991).

Además de ser visto como el tímido comienzo del moderno urbanismo venezolano, el PMC también ha sido señalado como un momento decisivo en el destino caraqueño. Esta es una perspectiva que requiere amplitud en la visión histórica y política, la cual solo fue alcanzada por los intelectuales venezolanos que presenciaron el arribo de los urbanistas franceses, pues sabían que el PMC representaba una gran oportunidad para que Caracas tuviera un crecimiento menos abrupto y un urbanismo más orgánico y balanceado, como el de algunas capitales latinoamericanas. “Hasta ese punto llegó la tentativa y la posibilidad de asegurarle un porvenir urbano digno a Caracas” (Uslar Pietri, 1991: 8), según la sentencia del humanista Arturo Uslar Pietri, surgida al prologar la revisión finisecular sobre el Plan Rotival y la ciudad que no pudo ser.

Con el progresista pero represivo régimen de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), Caracas se convirtió en uno de los escenarios más representativos y contrastantes de segregación socioespacial y funcional, pues la avalancha de carros penetró la capital del oro negro a lo largo de avenidas y autopistas que atravesaban la indetenible masa de quintas lujosas, superbloques diseñados por Villanueva y rancherías de inmigrantes (Almandoz, 2004: 119-126). Por aquellos años en que la Comisión

Nacional de Urbanismo (CNU) diseñó el Plano Regulador (1951), de fuerte influencia modernista, Caracas emergió como “metrópoli súbita” en Latinoamérica, según el planificador californiano Francis Violich, asesor de la CNU, José Luis Sert y el mismo Rotival, entre otros (Violich, 1975; Almandoz, 2004). Y así, después de permanecer como capital de tercera hasta las primeras décadas del siglo XX, la bonanza petrolera catalizó un explosivo crecimiento que metamorfoseó a la otrora cenicienta de Sudamérica en una urbe novedosa en apariencia, con una modernidad edilicia comparable a la de Brasilia y cruzada por autopistas que rivalizaban con las de Los Ángeles, al menos para los extranjeros que entonces admiraban el milagro venezolano (por ejemplo, Bailey y Nasatir, 1960; Violich, 1975).

Gran Venezuela, Viernes Negro y Caracazo⁵

Pero los pies de barro de esa “ciudad vitrina”, como la denominara Rómulo Betancourt (1958) a su regreso del exilio tras la caída de Pérez Jiménez, saltaban a la vista al ser contemplados desde adentro de aquel país en supuesto despegue económico, según la teoría desarrollista de Walt Whitman Rostow (1971). A partir de la falta de inversión metropolitana en la democracia reinstaurada, reacción miope contra la dictadura, y pasando por la intensa migración rural-urbana y el agotamiento de la industrialización incipiente hasta el colapso del Estado corporativo —entre algunas de las razones que se desprenden de los análisis de Negrón (2001) y Fossi Belloso (1989) en este volumen—, la modernidad caraqueña se tornaría más dramática y contrastante en las décadas de la llamada “democracia de Puntofijo”⁶, cuando la díscola metrópoli se saturó de rascacielos y centros comerciales, suburbios de clase media y

5 Véase Almandoz (2007).

6 El pacto de Puntofijo fue un acuerdo político suscrito en 1958 por Acción Democrática (AD) y otros partidos políticos al caer la dictadura de Pérez Jiménez. En él anteponían la preservación de la democracia a sus diferencias ideológicas y electorales.

barrios de ranchos que entrarían en conflicto al terminar la bonanza económica de la que habían surgido.

Los espejismos de riqueza fácil deslumbraron a nacionales y extranjeros por igual. Además de la inmigración campesina que comenzó a hacerse presente en Caracas desde la irrupción petrolera de los treinta, decenas de miles de españoles, portugueses, italianos y centroeuropeos, así como turcos y árabes del fenecido Imperio otomano, acentuaron y colorearon la dinámica y el cosmopolitismo de aquella metrópoli súbita y babélica, motorizada y dispendiosa. En términos de diversidad socioespacial, barrios como La Candelaria, Sabana Grande y Chacao absorbieron a muchos de los *musiúes*⁷ y paletos, quienes medraron rápidamente en las más variadas empresas, desde las constructoras italianas que cimentaron el furor edilicio de la autocracia perezjimenista, pasando por los grandes proyectos industriales de la Gran Venezuela con el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez (CAP, 1974-1978), hasta las más tradicionales pero mutadas formas del comercio, incluyendo las bodegas y panaderías regentadas por españoles y portugueses. Esa inmigración europea, predominante hasta los sesenta, dio paso a incontrolados contingentes andinos y caribeños en los setenta, empujados por las crisis latinoamericanas que contrastaban con la boyante Venezuela saudita⁸. Muchos de estos engrosaron un sector informal y subempleado que ya había cebado a la migración campesina.

En términos de estructura urbana, los escasos atributos del casco histórico en tanto distrito de espacios públicos se debilitaron aún más con el crecimiento hacia el este, propuesto en el Plan Rotival, así como con la creación de la avenida Bolívar y otros grandes corredores comerciales en las décadas siguientes. Con el modernismo al estilo de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), inspiradores del Plano Regulador, la centralidad caraqueña se desdobló en múltiples nodos según las diferentes funciones urbanas: el casco cívico-histórico;

7 El término *musiú* connota al extranjero norteamericano y europeo en general, pero sobre todo a quienes inmigraron tras la segunda posguerra.

8 El adjetivo "saudita" se aplica generalmente en Venezuela para connotar el período de bonanza petrolera del país entre los años setenta y ochenta.

la plaza Venezuela, de pequeños rascacielos; el Chacaíto comercial y de transbordos; las torres del Parque Central gubernamental, que sucedieron en los setenta a esa suerte de Rockefeller Center que había sido desde los cincuenta el Centro Simón Bolívar...; todo esto antes de la consolidación de Chuao, hacia el sureste, en tanto distrito de oficinas y corporaciones.

Tal despliegue de segregación funcionalista y comunicación expresa, apoyada sobre una gran tenencia vehicular privada, causó profundas fracturas espaciales y sociales. Por esto, la Caracas esnobista de los sesenta y 70 creció sin prestar mayor atención a los circuitos peatonales y de transporte público, y desconoció así la esencial necesidad de vida pública en plazas, calles y aceras y ocasionó las funestas condiciones ambientales y de movilidad que Chacón (2005) y Mundó Tejada (2007) describen en los análisis que constan en este volumen. Al mismo tiempo, el patrón suburbano de dispersión de las funciones comerciales llevó a privilegiar, antes que en cualquier otra urbe latinoamericana, el valor de los centros comerciales provenientes de Norteamérica. Desde el psicodélico pero sobrio Chacaíto, emblema de la bohemia entre consumista y contracultural de los sesenta, muchos *shoppings* zonales y metropolitanos afianzaron en las décadas siguientes el culto al nuevo rico, más saudita que cosmopolita. El más faraónico templo de ese culto fue el Centro Ciudad Comercial Tamanaco (CCCT), consagrado en la Caracas disco que se deslizaba al Viernes Negro de febrero de 1983, cuando la longeva fortaleza del bolívar frente al dólar comenzó a derrumbarse.

Antes de la inauguración del metro en 1983, la infraestructura de circulación de las grandes avenidas, así como la zonificación comercial y residencial, reflejaba en general una segregación entre la Caracas burguesa y *sifrina* del este —para utilizar un venezolanismo de marras que connota todavía ‘nueva rica’— y la ciudad del oeste, más popular y obrera (Mundó Tejada, 2007). Sin embargo, conviene recordar que, a diferencia de otras capitales latinoamericanas marcadas por una segregación socioespacial hemisférica y antagónica, los barrios de ranchos siempre estuvieron yuxtapuestos e intercalados entre los sectores formales y consolidados de la capital venezolana, como también ocurre en

Río de Janeiro, debido en ambos casos a restricciones topográficas. De esta manera, este y oeste eran hemisferios entreverados que compartían imaginarios urbanos, hasta que la bonanza se agotó con el Viernes Negro y las fracturas afloraron, sobre todo a finales de la década, tal como lo ilustran los análisis de García-Guadilla (1994) y Rosas Meza (2009).

Además de la ilusión de armonía social que hasta entonces envolvía al país, los espejismos capitalinos no solo reflejaban la confusión entre consumismo y desarrollo —tan profundamente arraigada hasta hoy en la idiosincrasia venezolana—, sino también la apariencia de una inversión suficiente, que en buena parte era de iniciativa privada, pero que no alcanzaba a renovar la infraestructura pública para vivienda y servicios urbanos, tal como demuestra en este libro Fossi Belloso. Aparte del metro y del teatro Teresa Carreño, inaugurados en el festivo frenesí del bicentenario de Bolívar, la Gran Caracas no conoció mayores inversiones públicas en el resto de la década de 1980. Con un acelerado deterioro desde entonces, las torres de Parque Central —las más altas de Latinoamérica por un tiempo— trocaron de símbolo de progreso y bonanza de la Gran Venezuela a mostrenco manifiesto de la desinversión urbana que siguiera al Viernes Negro. Fue un destino que también habían sufrido muchas de las avenidas y autopistas perezjimenistas desde la restauración democrática del 58, en parte como consecuencia de la tozudez de los regímenes empeñados en desconocer la realidad de un país urbanizado en más del 75% y con uno de los patrones de ocupación más concentrados de América Latina (Negrón, 2001).

Así, con la notable excepción del metro y algunos de los espacios públicos que aquel permitió renovar —de Catia en el oeste a Sabana Grande en el este—, la otrora Caracas modernista y saudita era, para fines de aquellos ochenta heredera del Viernes Negro, una urbe de contrastes socioespaciales y modernidad obsolescente. Su gastada infraestructura delataba no solo su condición de metrópoli del Tercer Mundo, sino también el agotamiento de un Estado rentista y del bipartidismo político que se había cimentado al establecimiento de Puntofijo.

La hasta entonces pacífica dualidad de la capital venezolana cambió después del Caracazo de 1989, cuando buena parte de la población de

los cerros marginales bajó a saquear la ciudad consolidada, después de las austeras medidas promulgadas por el gobierno neoliberal del segundo CAP (1989-1993). Anunciando el fin de la denostada democracia bipartidista, en la que AD y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei) habían hecho uso alternado e ineficiente de la ingente renta petrolera, el Caracazo declaró al mismo tiempo la irrupción en la arena pública de actores sociales excluidos del clientelismo partidista y removió la lucha de clases en una sociedad en la que el oro negro la había escamoteado, a pesar de que la pobreza crítica frisaba ya el 40% (García-Guadilla, 1994: 63). El Caracazo también aceleró varios y distorsionados efectos en la estructura y dinámica urbanas, como la colonización de espacios públicos por parte de buhoneros y demás actividades informales (Chacón, 2005), que se apoderaron de las zonas que el metro había peatonalizado hacía menos de una década, de Catia a Sabana Grande.

Si bien muchas de las ciudades venezolanas se beneficiaron del proceso de descentralización administrativa de finales de la década de 1980, este fue consumido en la capital por los sucesivos efectos de revueltas populares, así como por la cristalización de la “ciudad violenta” que, después de la “masificada” de Romero (1984), ubica González Téllez (2005: 107-116) por esos años en el ya turbulento contexto nacional. Los escasos intentos de renovación espacial estimulados desde el descentralizado ámbito municipal —con Chacao como mejor exponente— fueron desbordados por las plagas de la delincuencia y la inseguridad, que han infestado la vida pública en las grandes ciudades venezolanas y llevado a inusitadas formas de segregación blindada. Esto se ha manifestado desde entonces —tal como ilustra García-Guadilla en este volumen—, ora en las urbanizaciones de clase media y alta del este y sureste, de casas enrejadas y accesos controlados a *gated communities* o feudos urbanos, ora en el renovado protagonismo del centro comercial, que se ha tornado el único refugio seguro en medio de calles tomadas por la inseguridad, la buhonería y la basura. Para finales de los noventa, la inauguración del centro comercial Sambil —el de mayor área de construcción en Latinoamérica y cuyo prototipo ha sido repetido incluso

como parque temático en las grandes ciudades venezolanas—, seguido de El Recreo y Tolón, confirma que la segregación comercial caraqueña absorbe funciones que en otras capitales tienen todavía lugar en el espacio público.

Después de 1992: Urbe violenta e insurgente

Estallado a pocos días de la suntuosa toma de posesión de Pérez en febrero de 1989, el Caracazo prefiguró la agonía de la Cuarta República a lo largo de los años noventa (Sanoja, 2004), cuando muchos de esos conflictos y contradicciones se desahogaron por vía institucional, militar o subversiva. Mientras CAP II regresaba de un encuentro de líderes neoliberales en Davos, Suiza, los conjurados del ejército intentaron perpetrar, en la madrugada del 4 de febrero de 1992, un golpe de Estado desde los cuarteles de Maracay, Valencia y Maracaibo. Sin embargo, el teniente coronel Hugo Chávez no logró completar la toma del palacio de Miraflores en la capital. Al aparecer, esa mañana ante las cámaras televisivas reconociendo que no había podido cumplir “por ahora” sus objetivos militares, el comandante Chávez se perfiló como protagonista de los cambios por venir, mientras la audiencia trasnochada, como hace notar Arráiz Lucca, observaba “con estupor y hasta con admiración a un hombre que se hacía responsable por su fracaso, cosa infrecuente en la vida pública venezolana de entonces” (Arráiz Lucca, 2007: 195). Mientras la economía venezolana crecía cerca del 10% para finales de aquel año aciago (1992), los caraqueños tuvimos que presenciar, en la madrugada del 27 de noviembre, una segunda asonada golpista, perpetrada esta vez por militares de la aviación. La separación de CAP del ejecutivo por causa de la “partida secreta” de 250 millones de bolívares —insignificante en comparación con otros escándalos posteriores— fue acaso la estocada final del vilipendiado statu quo de Puntofijo, que curiosamente Rafael Caldera hubo de cerrar en su segunda presidencia (1994–1999), a pesar de haber sido protagonista firmante del pacto original y dueño de la quinta caraqueña que le diera nombre (Arráiz Lucca, 2007: 197–200).

Al decir de Tulio Hernández, el Caracazo es un “acontecimiento realengo” que ha trascendido tanto las interpretaciones simplistas y elusivas de los partidos tradicionales como las ideologizadas de la historia bolivariana posterior. Por un lado, en la temprana resaca del gobierno de CAP, “aquel acontecimiento tan complejo fue minimizado, obviado y soslayado con tal de seguir a pie juntillas el plan de ajustes económicos que se había concebido como panacea nacional” (Hernández, 2007); su incompreensión y obliteración por parte de políticos que semejaban avestruces o dinosaurios “fue la evidencia incontestable de que AD y Copei, y todas las élites que los circundaban y se nutrían parasitariamente de su poder, ya no estaban entendiendo nada de lo que ocurría en el país” (Hernández, 2007). Pero, por otro lado y postreramente, la interpretación de la “metodología bolivariana”, según la cual el Caracazo era un anuncio teleológico de las asonadas golpistas de 1992, ha probado ser “un inmenso subterfugio dramático para encontrarles justificación moral a las razones por las cuales una logia emprendió el fallido golpe de Estado del 4 de febrero de 1992” (Hernández, 2007).

Más allá de la interpretación que se tome, lo cierto es que, a partir del Caracazo y especialmente después de las revueltas militares, se vivió en la paranoia de los rumores de toda especie, divulgados la mayor parte de ellos por sectores que comenzaron a invocar las charreteras y mirar a los cuarteles como panacea no exenta de romanticismo y nostalgia por la ya mítica década de Pérez Jiménez, sin percatarse ni avizorar que el militarismo latinoamericano tiene rostros menos progresistas y más aviesos. Mientras las élites políticas y sociales se desplomaban y cundía una fiebre reformista (Romero, 1999: 90-95), después del Caracazo el “sistema político se volatilizó y cualquier cambio brusco fue posible”, lo que reinició la “política de la calle” (González Téllez, 2005: 110-111), que no se veía desde los años sesenta, dominados por la guerrilla. Y, paralelamente, la espiral de violencia criminal en las ciudades venezolanas —en especial el homicidio con armas de fuego, que aumentó en un 500% entre 1989 y 1999— tuvo en Caracas su escenario protagónico y apocalíptico, y desplegó un catálogo delincuencia que ha configurado una suerte de nueva urbanidad capitalina (Sanjuán, 2000).

Sumado a males nacionales como el agotamiento del Estado rentista y del bipartidismo desgastado, la criminalidad urbana terminó de abonar el terreno para el arribo al poder de Hugo Chávez en 1999, cuyo régimen ha sabido capitalizar el autoritarismo que, como clamaba la violenta ciudad, debía seguir al Caracazo. Los resultados de su gobierno son polémicos en cuanto a su “democracia participativa” y claramente deficitarios respecto al mantenimiento capitalino, cuyo deterioro se evidencia en variables ambientales como las que ilustra Chacón (2005), así como en la falta de inversión en transporte, servicios públicos y vivienda, tal como es detectado por Mundó Tejada (2007) y Rosas Meza (2009).

A pesar de las proclamas igualitarias del régimen, la Caracas del chavismo ha acentuado sus segregaciones y fracturas, en buena parte como consecuencia de la inestabilidad política, que alcanzó sus picos entre los abril de 2002 y 2003, caracterizados por enfrentamientos entre facciones opositoras y oficialistas en espacios públicos tradicionales e inusitados. Como ilustran Irazábal y Foley (2008) en este libro, desde las plazas locales y metropolitanas hasta las urbanizaciones y autopistas, algunas de esas ágoras improvisadas cobraron nuevos significados al ser tomadas por los bandos, pero acabarían debilitándose en términos de valores cívicos. Más allá de la inestabilidad política, a niveles más profundos y estructurales, la resentida retórica chavista ha atizado la lucha de clases, latente y preterida, pero sobrellevada por la democracia representativa de Punto Fijo, y con ello ha retrotraído a Caracas y a Venezuela toda a la inflamada antinomia entre oeste pobre y este rico, ahora con una renovada artillería de conflictividad y violencia, integralmente analizada por García-Guadilla en este volumen.

Como capital de un gobierno que pretende fortalecer ejes interurbanos y fluviales paralelos al centro-norte costero, pero que desarrolla a la vez políticas populistas tendentes, por ejemplo, a una saturación vehicular comparable a la de la Caracas saudita, con niveles de servicio vial que están ahora entre los más bajos del continente (Mundó Tejada, 2007), es difícil seguir asegurando el supuesto carácter antiurbano de la “Revolución bolivariana”. La lobguez citadina del chavismo ha sido principalmente denunciada en términos del imaginario rural que se

ha traído al centro mismo de Caracas —con conucos y gallineros que colindan ahora con una de las chamuscadas torres del Parque Central— y rastreada en las mercaderías insalubres y piratas que han colonizado espacios peatonales, lo que convierte a Caracas en capital latinoamericana de la buhonería y la basura (Negrón, 2004). Sin embargo, con sus nuevos centros comerciales, trenes de cercanías y extensiones del metro, puede decirse que la enrojecida capital se debate ante un doble discurso oficial sobre lo urbano, expansivo y punitivo a la vez, como acaso conocieron, *mutatis mutandis* y en las antípodas, la Berlín de Speer y la Pekín de Mao.

Blandiendo el rojo oficialista con una ferocidad que en la historia del caudillismo latinoamericano hace pensar en Juan Manuel de Rosas y su mazorca policial, las huestes milicianas y las vallas rojas, que ahora campean en Caracas bajo el patronato del Che Guevara y otros santos revolucionarios, completan el tapiz anacrónico y populista de una ciudad apocalíptica pero auroral al mismo tiempo, porque proclama ser meca del socialismo del siglo XXI⁹. La estrafalaria rojez de esa capital insurgente, ensangrentada también por las cifras de criminalidad rampante e impune, permite atribuirle ese color como predominante, así como explicarla y entenderla a través de la segregación y la violencia, la obsolescencia y el tercermundismo, distintivos todos de la súbita metrópoli modernista de otrora trocada hoy en revolucionaria meca roja.

Sobre la estructura del libro y los textos compilados

Partiendo de ese imaginario histórico y político, social y urbano que he tratado de resumir, sobre todo pensando en el lector foráneo, los textos de este volumen ilustran ese ciclo de cambios de la metrópoli caraqueña, tal como queda claro en las referencias hechas en esta introducción, con énfasis en los componentes actuales para la última etapa. Para reforzar la perspectiva histórica de ese estadio metropolitano —aunque están consi-

20 | 9 Tomando una imagen del *New York Times* citada en el artículo de Irazábal y Foley.

derados en algunos capítulos la era colonial y los inicios republicanos—, se ofrecen tres partes que recogen el proceso de cambio: se abre con Lorenzo González Casas, cuyo capítulo conecta las modificaciones del episodio guzmancista sobre la achatada trama colonial y, después de pasarse por el higienismo de entre siglos, se cierra con la metrópoli súbita que resultó de la bonanza petrolera y los primeros planes urbanos. En la parte inicial se recoge también el texto de Nancy Dembo, José Rosas e Iván González, el cual, sobre un prolijo manejo de fuentes cartográficas, como en González Casas, alcanza una aproximación interdisciplinaria a ese primer modernismo que revistió la mutación metropolitana. Un breve capítulo de mi autoría intenta encuadrar esas transformaciones en el marco político del Nuevo Ideal Nacional de Pérez Jiménez y las instituciones y tendencias del urbanismo funcionalista.

Aunque centrados en la metrópoli caraqueña, los capítulos de la segunda parte ofrecen cierto alcance nacional, para poner en contexto las implicaciones de la capitalidad a lo largo del siglo XX, especialmente en el dispendioso período de la Venezuela saudita que transcurrió en la democracia representativa de Puntofijo. Estos capítulos abordan la primacía demográfica y territorial con respecto al sistema de ciudades y los modelos económicos —como lo hace Marco Negrón—, pasan por las políticas públicas y la inversión en servicios y vivienda —como en el capítulo de Víctor Fossi Belloso— y llegan hasta la segregación espacial y social capitalina, actualizada suerte del Chicago de marras —tal como lo analiza exhaustivamente María Pilar García-Guadilla—. Publicados originalmente desde finales de los ochenta, en la puesta en perspectiva que siguiera al Caracazo, estos textos han sido revisados y actualizados por sus autores —como casi todos los del libro— para conectarse asimismo con el ciclo de cambios políticos de entre siglos. Esto resulta especialmente claro en el texto de García-Guadilla, cuya actualización sirve para conectar esta perspectiva histórica con la acelerada dinámica metropolitana del socialismo del siglo XXI.

Si bien mantienen la perspectiva histórica, sobre todo a partir de las asonadas golpistas de 1992, los artículos de la última parte ofrecen un corte más contemporáneo, funcional y transversal para entender la

Caracas deficitaria de hoy. Los componentes considerados incluyen el deterioro y las diferencias ambientales entre zonas, en el capítulo de Chacón; los problemas de movilidad y transporte público en medio de la inversión deficitaria, según el diagnóstico de Josefina Mundó Tejada en su tesis doctoral; los mecanismos de construcción alternativa en la ciudad informal, detectados por Iris Rosas Meza como resultado de otro trabajo doctoral; y las manifestaciones y el significado de la ciudad violenta que surgió tras el Caracazo, según la continuación que hace Silverio González Téllez de la tipología de José Luis Romero (1984). Finalmente, si bien con cierta condescendencia hacia el régimen chavista, los vertiginosos sucesos políticos de 2002 y 2003 son puestos en perspectiva por Irazábal y Foley en relación al significado y al imaginario internacional que ha alcanzado Caracas en tanto metrópoli insurgente y revolucionaria, nueva meca de las izquierdas opuestas al liberalismo y la globalización.

Además de reconocer la invitación de parte de OLACCHI para compilar este volumen, queremos expresar unas palabras finales para agradecer los permisos de reproducción por parte de las revistas y editoriales originales, así como los esfuerzos de los autores al revisar sus textos para esta antología¹⁰. Esperamos que el lector pueda interesarse y disfrutar este libro dedicado a la metrópoli caraqueña, a pesar de lo súbito y turbulento de sus cambios.

10 Si bien los textos de este volumen han cambiado significativamente con respecto a sus versiones originales, he preferido mantener las referencias de estas últimas en la bibliografía de esta introducción, para que el lector pueda ubicar su procedencia. Esas referencias están asimismo en notas a pie de página al inicio de cada capítulo.

Bibliografía

- Almandoz, Arturo (2004). *La ciudad en el imaginario venezolano. II: De 1936 a los pequeños seres*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Almandoz, Arturo (2006). *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Caracas: Equinoccio/Fundación para la Cultura Urbana.
- Almandoz, Arturo (2007). "Itinerario segregado hacia la Caracas roja". *TodaVía. Pensamiento y cultura en América Latina*, N.º 17, revistatodavia.com.ar (visitada el 26 de junio del 2012).
- Arellano Moreno, Antonio (1972). *Caracas, su evolución y su régimen legal*. Madrid: Edime.
- Arráiz Lucca, Rafael (2007). *Venezuela: 1830 a nuestros días. Breve historia política*. Caracas: Alfa.
- Bailey, Helen M. y Abraham P. Nasatir (1960). *Latin America. The development of its civilization*. Londres: Constable & Co.
- Betancourt, Rómulo (1958). *Posición y doctrina*. Caracas: Cordillera.
- Chacón, Rosa (2005). "El crecimiento urbano y la pérdida de los valores ambientales". En *La arquitectura y el urbanismo. Puntos de confluencia*, Rosa Chacón (comp.): 105-123. Caracas: Equinoccio/Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.
- Dembo, Nancy, José Rosas e Iván González (2004). "Caracas, modernidad y escala urbana: Una aproximación interdisciplinar". *Tharsis*, Año 8, Vol. 5, N.º 16: 95-113.
- Díaz Sánchez, Ramón (1954). "Sinfonía de Caracas". *El Farol*, N.º 150: 18-27.
- Fossi Belloso, Víctor (1989). "Desarrollo urbano y vivienda: La desordenada evolución hacia un país de metrópolis". En *El caso Venezuela: Una ilusión de armonía*, Moisés Naím y Ramón Piñango (eds.): 473-498. Caracas: Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA).
- García de la Concha, José (1962). *Reminiscencias. Vida y costumbres de la vieja Caracas*. Caracas: Grafos.
- García-Guadilla, María Pilar (1994). "Configuración espacial y movimientos ciudadanos". En *Las ciudades hablan. Identidades y movi-*

- mientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*, Tomás R. Villasante (coord.): 51-69. Caracas: Nueva Sociedad.
- González Casas, Lorenzo (2002). "Caracas: Territory, architecture and urban space". En *Planning Latin America's capital cities, 1850-1950*, Arturo Almandoz (ed.): 214-240. Londres: Routledge.
- González Téllez, Silverio (2005). *La ciudad venezolana. Una interpretación de su espacio y sentido en la convivencia nacional*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Hernández, Tulio (2007). "Versiones de El Caracazo". *El Nacional*, Caracas, febrero 25, p. A10.
- Irazábal, Clara y John Foley (2008). "Space, revolution, and resistance: Ordinary places and extraordinary events in Caracas". En *Ordinary places, extraordinary events. Citizenship, democracy and public space in Latin America*, Clara Irazábal (ed.): 144-169. Londres/Nueva York: Routledge.
- Mijares, Augusto (1975). "La evolución política (1810-1960)". En *Venezuela independiente. Evolución político-social 1810-1960*, M. Picón Salas, A. Mijares y R. Díaz Sánchez: 23-73. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.
- Mundó Tejada, Josefina (2007). "Definición de un modelo conceptual para el sistema de transporte público del DMC". Disertación doctoral, Universidad Central de Venezuela.
- Muñoz, Pedro José (1972). *Imagen afectiva de Caracas: La Belle Époque caraqueña*. Caracas: Imprenta Municipal.
- Negrón, Marco (2001). *Ciudad y modernidad, 1936-2000. El rol del sistema de ciudades en la modernización de Venezuela*. Caracas: Instituto de Urbanismo, Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- Negrón, Marco (2004). *La cosa humana por excelencia. Controversias sobre la ciudad*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Picón Salas, Mariano (1951). "Perfil de Caracas". *Crónica de Caracas*, N.º 8: 136-144.
- Polanco Alcántara, Tomás (1983). *Historia de Caracas*. Caracas: Comisión del Bicentenario del Libertador.

- Romero, Aníbal (1999). *Decadencia y crisis de la democracia*. Caracas: Pannapo.
- Romero, José Luis (1984). *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas* [1976]. México: Siglo XXI.
- Rosas Meza, Iris (2009). “La cultura constructiva informal y la transformación de los barrios caraqueños”. *Bitácora*, 15, N.º 2: 79-88.
- Rostow, Walt Whitman (1971). *The stages of economic growth. A non-communist manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sanjuán, Ana María (2000). “Democracia, ciudadanía y violencia en Venezuela”. En *Ciudadanías del miedo*, Susana Rotker (ed.): 81-93. Caracas: Nueva Sociedad.
- Sanoja Hernández, Jesús (2004). “De la coronación a la insurrección”. *El Nacional*, Caracas, febrero 27, p. A8.
- Schael, Guillermo José (1966). *Caracas de siglo a siglo*. Caracas: s/e.
- Uslar Pietri, Arturo (1969). “Caracas”. En *Veinticinco ensayos*: 159-167. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Uslar Pietri, Arturo (1991). “La Caracas que no fue”. En *El Plan Rotival. La Caracas que no fue*, M. Vallmitjana y otros: 7-9. Caracas: Instituto de Urbanismo, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- Vallmitjana, M. y otros (1991). *El Plan Rotival. La Caracas que no fue*. Caracas: Instituto de Urbanismo, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- Violich, Francis (1975). “Caracas: Focus of the new Venezuela”. En *World capitals. Toward guided urbanization*, H. Wentworth Eldredge (ed.): 246-292. Nueva York: Anchor Press/Doubleday.
- Zawisza, Leszek (1989). “Rotival: Ayer y hoy (I)”. *Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela*, N.º 3: 14-31.